

EL GRAN IMAGINADOR

JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

EL GRAN
IMAGINADOR

o la fabulosa historia del viajero
de los cien nombres

PLAZA  JANÉS

Esta obra fue beneficiaria de la I Convocatoria de Ayudas Fundación BBVA a Investigadores, Innovadores y Creadores Culturales, cuyo jurado estuvo constituido por los escritores y académicos Luis Mateo Díez, Soledad Puértolas, José María Merino, Darío Villanueva, Pedro Álvarez de Miranda y Aurora Egido.

Primera edición: octubre, 2016

© 2016, Juan Jacinto Muñoz Rengel
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-01748-3
Depósito legal: B-15.877-2016

Compuesto en Revertex, S. L.

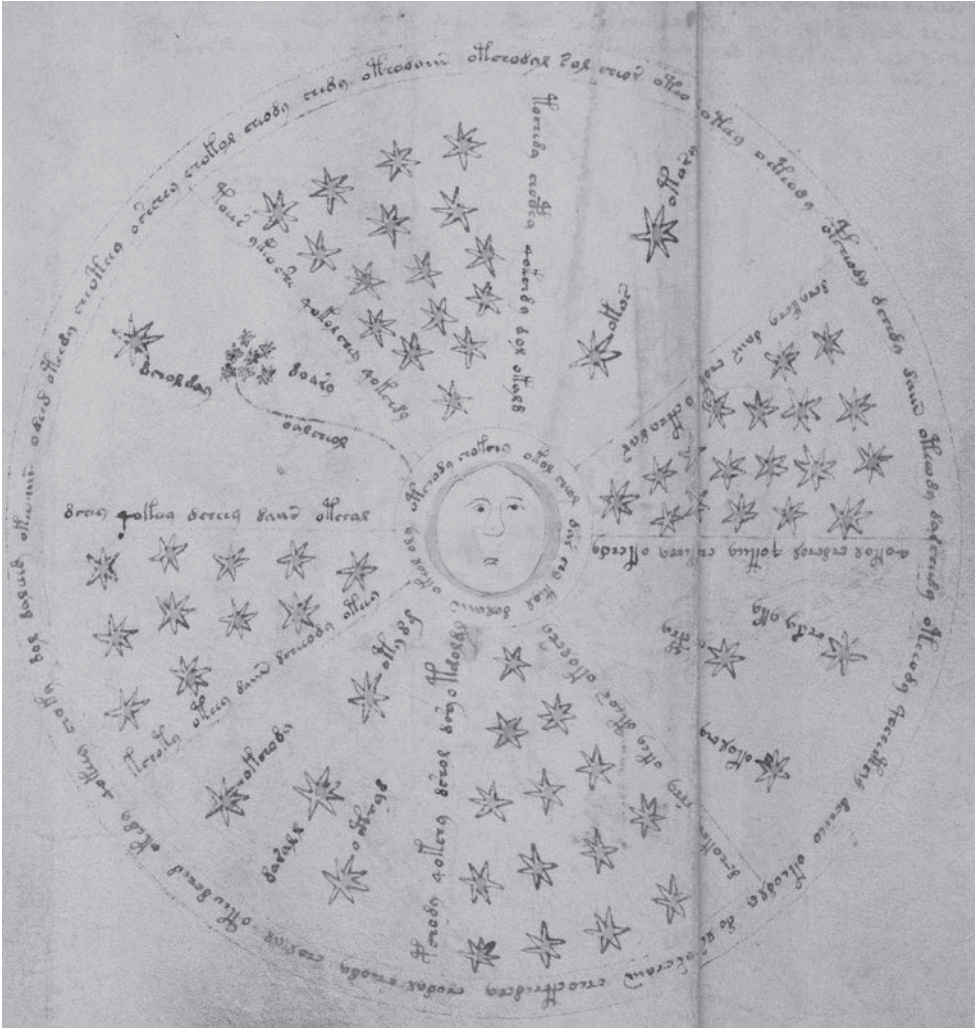
Impreso en Romayà Valls, S. A.
Capellades

L 0 1 7 4 8 3

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Ada,
que infla las velas de los sueños*

PRIMERA PARTE



No sucedió en tierra firme, sino a bordo de una de las seiscientos cuatro embarcaciones que en aquellos instantes colisionaban con estrépito en una delgada y concurridísima lengua de mar, en el centro mismo del más accidentado Mediterráneo, entre la humareda maloliente que levantaba la pólvora, el clamor de los cañones y la lluvia de los más diversos proyectiles. Allí fue donde se cruzaron las vidas de los dos singulares escritores.

El primero de ellos, afilado y pajizo, era por entonces apenas un simple aspirante a novelista, o a dramaturgo, o a comediante, o a poeta, o a cualquier cosa que pudiera reportarle unas monedas. Había llegado hasta aquel pedazo del infierno huyendo de la justicia española, acusado de herir en un duelo de honor —o por la espalda en una pendencia callejera, según algunos malintencionados testimonios— a un maestro de obras que había intentado mancillar con algo de éxito el buen nombre de su hermana. Los tribunales dictaron sentencia en su contra y el joven autor en ciernes se vio obligado a escapar a toda prisa de Madrid, para evitar que le cortaran la mano derecha tal y como rezó la condena. Declarado en rebeldía, acabó huyendo a Roma, y de Roma viajó a Nápoles, y de Nápoles a Ancona, y de ahí a Ferrara, y de ahí a Venecia, y, al fin, antes de manchar todo el mapa con los trazos de su itinerario, regresó de nuevo a Nápoles, donde consiguió embarcar como soldado de infantería en el tercio del lugarteniente de la Liga Santa, de quien se decía sufría una desagradable

aerofagia, con toda probabilidad debido a unas diminutas bacterias que se dedicaban a pudrir todo lo que caía en sus intestinos. Y así, enrolado en los tercios italianos, a bordo de la galera *La Marquesa* y guiado hasta allí por una sucesión de azarosas circunstancias, fue como aquel mero aspirante a literato, aquel muchacho enclenque y sin blanca, terminó conociendo a nuestro otro asombroso escritor y dando forma años más tarde —aunque en ese momento ninguno de sus compañeros, ni superiores, ni amigos ni enemigos podría haberlo ni remotamente sospechado— a una obra cumbre de la literatura universal.

En realidad, llamar escritor al segundo de los hombres es sin duda una licencia. Porque, por mucho que gozara de la imaginación más portentosa que jamás haya habido ni habrá sobre la faz de la tierra, lo cierto es que frizando la muy avanzada edad de los sesenta todavía permanecía inexplicable y rigurosamente inédito. Ambos eran por lo tanto hasta esa fecha, aunque por muy distintos motivos, escritores secretos. Pero si bien el primero lograría inmortalizar su nombre con la consumación de una obra incomparable, el otro, de quien la Historia es difícil que pueda guardar algún recuerdo, había consumido ya casi toda su vida sin ver impreso sobre el papel ninguno de sus infinitos proyectos.

Se podía decir que los dos hombres se parecían como la noche y el día. Donde en aquel había costillas y una constitución famélica, en este los años habían aposentado molla, chicha y sobrepeso; la naturaleza pálida de uno era reemplazada en el otro por una tez cuarteada y oscurecida por el sol, en la que no faltaban las cicatrices; si en el joven todo recordaba al Occidente más cristiano, en el veterano se congregaban los más dispares símbolos de Oriente. No obstante, tenían muchas más cosas en común de las que pudieran apreciarse a simple vista. Aparte de que ambos hubieran llegado hasta aquella misma galera siguiendo un recorrido igualmente tortuoso. En este segundo caso de forma aún más justificada, porque a este otro escritor nunca le había sido concedido nada parecido al sosiego de la escritura: había pasado las últimas décadas errando por los territorios que iban desde

las costas griegas hasta Valaquia y los Cárpatos, apremiado por una misión oficial interminable, y presencié el sobrecogedor hundimiento de la capital de Bohemia poco antes de comenzar a surcar el Adriático en aquella galeota de viejos piratas uscoques que, cuando no se dedicaban al asalto y al pillaje, prestaban sus servicios como muy módicos soldados de ocasión. Ese había sido siempre su sino, como si un poderoso maleficio lo condenara una y otra vez a llevar una vida de acción. Seguro que muchos de los más cultivados sabios y eruditos habrían vendido su alma al diablo por vivir una vida como la suya, pero no nuestro hombre. Para él aquello entrañaba un constante dilema, que amenazaba con partirlo en dos desde dentro. Porque la insólita capacidad de este soñador, de este visionario, de este fabulador interior, era tal que nunca, jamás hasta ese mismo instante a bordo de *La Marquesa*, había siquiera conocido a nadie que pudiera empezar a intuir los universos que contenía dentro de sí.

Era como si todos los demás hablaran una lengua distinta. Como si no existiera una lengua capaz de expresar los inagotables atributos de su mente. Siempre había sido así. Incluso ahora tampoco se trataba en absoluto de que hubiera encontrado al fin su alma gemela, sino más bien como si un selenita o un venusiano recién llegado al planeta hubiera logrado hallar, entre los mejores de otra especie, alguien con quien al menos poder comunicarse.

Es lógico pensar que un encuentro de esa naturaleza no pudiera darse en cualquier parte, no al menos en la forma de dos hombres que se cruzan una noche cualquiera en un callejón. Por lo que podría parecer que la ingente batalla que se fraguaba en torno a ellos no era sino el efecto de tan fantástica coincidencia, como capas segregadas por el acontecimiento, como las ondas y las reverberaciones de aquel inaudito choque de talentos. Así, alrededor de los dos escritores inéditos, en el tan concurrido golfo de Lepanto, todo parecía estremecerse.

Las otras seiscientas tres naves restantes se esforzaban por hacer el ambiente cada vez más irrespirable. Para ello empleaban mil novecientos sesenta y siete cañones y culebrinas, de los que casi dos terceras partes eran cristianas: los cañones lanzaban pesados proyectiles de

hierro fundido que abrían enormes agujeros en las naves contrarias, no siempre necesariamente enemigas; las culebrinas, por su lado, también disparaban bolas de hierro, aunque a veces eran reemplazadas por balas de piedra, que al impactar contra el blanco se desmenuzaban y se convertían en una feroz metralla. No era extraño divisar por doquier seres humanos volando por los aires, cabezas y brazos arrancados del tronco, y cubiertas enteras barridas de soldados por los cascos de la piedra caliza.

Un poco más arriba, también había conseguido volar por los aires, entre las volutas de humo y la pestilencia combinada del azufre, el carbón y el nitrato de potasio, una atemorizada paloma mensajera de plumaje azul verdoso, que una vez que superó la altura de los mástiles dejó de ser objetivo de los disparos, porque ya no había manera de saber si era aliada o sarracena y porque había mayores problemas de los que ocuparse abajo en los barcos. A través de los ojos de la pequeña paloma, que había sido adiestrada durante diecisiete meses, se había sometido a un programa de casi ochocientas horas de vuelo, y había recibido como alimento los mejores granos de avena, trigo y mijo, así como los más atentos cuidados, a través de sus pupilas negras como cuentas de azabache, habría sido posible hacerse una idea del carácter extraordinario de la contienda que se estaba desplegando en esos momentos alrededor de los dos hombres, captar una imagen verdadera de lo que suponían aquellos cientos de naves enfrentándose en un espacio tan limitado y estrecho que no parecía capaz de albergar semejante tumulto, todas ellas detonando a un tiempo sus casi dos mil piezas de artillería sobre una superficie de mar que hacía tan solo unas horas se encontraba en plena calma. Desde esa perspectiva cenital podrían verse ondear centenares de banderas blancas con cruces rojas, y centenares de banderas rojas con medias lunas blancas, y escudos y pendones y gallardetes, e incluso se podría llegar a reparar en que, en una fragata del flanco izquierdo, uno de los estandartes de la Liga Santa había sido colocado del revés, y el Cristo crucificado se agitaba ahora de una forma inquietante, bocabajo, con el entrecejo fruncido y una sonrisa siniestra, a la vez que los proyectiles dibujaban las tra-

vectorias elípticas de la muerte, fiuuuuú, plof, crash, boom, bolas, balas, piedras, flechas, barriles y cabezas. Cualquiera con ese ángulo de visión podría comprobar por sus propios ojos, o por los ojos de la paloma mensajera —pero no necesitaría desde luego los de un halcón—, que en ese punto el golfo no contaba con más de quince millas de ancho de una costa a otra, y que el litoral, algo escarpado y rocoso, estaba además amurallado por castillos turcos, que, cuando había oportunidad, también descerrajaban las baterías de sus bocas de fuego.

Si el ave hubiera dispuesto asimismo de la fabulosa facultad de percibir la línea divisoria de las fronteras, y los colores de las naciones, tal y como si llevara un complejo ingenio aplicado sobre los ojos y su cráneo de nuez, habría podido advertir que las islas griegas que rodeaban las seiscientas tres embarcaciones que a su vez cercaban la galera de los dos escritores inéditos, pertenecían al imperio del Turco. Y que tanto la península del Peloponeso, como ínsulas e islotes grandes y pequeños, así como la vasta Rumelia, en otro tiempo parte de Bizancio, tenían el mismo color del moro. Y así continuaba siendo aún más al norte, hasta alcanzar la vencida Hungría, y los pueblos transilvanos y valacos, todos ellos vasallos de los ejércitos musulmanes. Y al sur, al otro lado del Mediterráneo, también eran dominios del sultán Egipto, Tripolitania, Túnez y Argelia. Y al este, se extendía todo el poder y esplendor de la propia Anatolia. Y tan solo al oeste, y por un albur, se encontraban una porción del Reino de España, como una cuña o un tacón de bota, y, esquinados, los Estados Pontificios y Venecia. De forma que era difícil imaginar un lugar en los mapas menos neutral y favorable a uno de los dos bandos.

En cambio, más arriba, hacia donde dirigía el vuelo la paloma, tras la cortina de nubes que hacía de pantalla sobre los barcos, tiempo después muchos asegurarían que se hallaban apostados toda suerte de personajes celestiales, equilibrando de alguna forma la desigual situación. Allí, sobre las cabezas de los dos imaginadores, como no podía ser de otra manera, envueltos en la bruma se reunían todo tipo de seres imaginarios. Entre ellos ocupaba un lugar primordial la Virgen

María, con su manto azul y su túnica roja, cortejada de cerca por San Pedro el Apóstol, y por San Pedro el Mártir, por San Carlos de Borromeo, por Santa Catalina de Siena, por Santa Justina y hasta por San Marcos, que había venido acompañado por su león, el cual no dejaba de mirar hacia el agua con curiosidad felina. En la misma orla refulgente, confeccionada de materiales intangibles, también se arracimaban algunos dioses romanos de la Antigüedad, como Neptuno, esgrimiendo su tridente, y la diosa Fortuna, y la de la guerra, Belona, y la diosa Victoria, y la diosa Fama tocando la trompeta. Y junto a estos últimos personajes alados se solazaban al fin los más variados ángeles, la mayoría de ellos criaturas impúberes de rizos de oro, que, cada pocos minutos, se asomaban al borde algodónado de las nubes y, divertidos, tensaban sus arcos y lanzaban dardos dorados a las naves, es de suponer que siempre apuntando a los mismos.

Pero es en el corazón de la batalla donde suceden las cosas. En esa batalla de la que años más tarde uno de los dos escritores, por consejo del otro, diría que fue la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperaban ver los venideros. La contienda más descomunal que jamás había sido ni será librada sobre la superficie del mar. Y es que a bordo de las seiscientas cuatro naves que componían el conflicto se debatían nada menos que ciento ochenta y tres mil cincuenta y nueve almas —ciento ochenta y tres mil cincuenta y cinco, ciento ochenta y tres mil cuarenta y nueve—, de las cuales noventa y dos mil profesaban una fe cristiana, ya fuese católica, ortodoxa o incluso luterana; otras setenta y siete mil, la fe islámica; casi trescientas eran agnósticas, sin que ninguno de esos hombres supiera ponerlo por escrito, o sospechara siquiera la existencia de aquella palabra; ochenta y cuatro eran ateas, aunque jamás lo habrían confesado y ni mucho menos hecho público; había también por allí un par de anglicanos, y un calvinista; y en cuanto a las trece mil almas sobrantes se vendían al postor que mejor salario de guerra les ofreciera mientras todavía estuvieran en esta tierra. No obstante, en lo que a los bandos estrictamente se refiere, los combatientes se repartían en dos mitades que cualquier cronista indulgente podría convenir en calificar de exactas.

De ese total de ciento ochenta y tres mil veintiún tripulantes que aún sobrevivían en las flotas en combate, cien mil de ellos tenían uno o más hijos, y de estos, solo setenta mil lo sabían; veinticinco mil habían olvidado despedirse de su mujer con un beso antes de ser embarcados; dieciséis mil se habían encomendado a su amada antes de entrar en batalla, besándose la pinza de los dedos después de persignarse; y apenas dos mil trescientos de entre tan sin par muchedumbre de hombres estaban sinceramente enamorados o habían conocido alguna vez el amor verdadero.

Noventa y nueve de cada cien de estos hombres llevaban consigo, plegada junto al pecho, una carta de amor.

Y así la preservaba hasta hacía un instante, bajo la abotonadura de la camisa, acariciando la piel de su torso, uno de nuestros dos escritores, precisamente el menos joven de ambos. De hecho, aun considerando las dos flotas completas, Nikolaos Popoulos se encontraba a la cabeza de los menos jóvenes de cuantos en ellas navegaban.

Para colmo de males, el viejo escritor inédito acababa de perder la carta en un barco extraño, porque a la vista del cariz que estaba tomando la refriega, que no había hecho más que comenzar, la ligera galeota de los piratas uscoques en la que viajaba se había aproximado a *La Marquesa*, buscando el cobijo de una nave de mayor envergadura; y Popoulos y sus compañeros piratas habían subido a la embarcación de los tercios italianos, no al abordaje, sino para combatir junto a ellos. Fue en el momento de saltar sobre el castillo de proa de la galea, mientras los uscoques se identificaban como caballeros cruzados, siempre enemigos de los turcos y defensores de la cristiandad, cuando la misiva escapó de su pecho, como otro pájaro asustado, y levantó el vuelo a merced del viento. Popoulos no lo dudó un instante, tenía que recuperarla como fuese, porque, además de una carta de amor, aquel escrito era la consumación de una venganza, el último paso de un plan perfecto largamente sostenido a lo largo de los años. No se dejó desanimar por los excesivos caprichos de aquel viento, y la persiguió haciendo eses a través de las treinta brazas de eslora y las cuatro brazas de manga, esquivando a españoles y a italianos, a soldados, mari-

neros y artilleros, saltando por encima de los bancos donde remaba la chusma y huían despavoridas las ratas, por encima de un cadáver ensartado de flechas como un erizo gigantesco, por encima de un cuerpo reventado por una bala de cañón, y resbalando sobre la pasarela de sangre y vísceras y excrementos hasta acabar metiendo el pie en un estrecho cubo de pólvora. El pliego-pájaro se coló a continuación por la escotilla de estribor y, sin desfallecer, el anciano enamorado se apresuró a bajar tras él descolgándose por la escalera hasta el interior del barco, con el escándalo y la cojera propios de quien camina con un pie dentro de un cubo. En la oscuridad de las bodegas, tratando de ignorar la intensa pestilencia, siguió todavía la escurridiza carta a través de los compartimentos del casco y llegó a la cámara de la enfermería. Y allí, recostado en uno de los petates bajo una manta de anjeo, no en la cubierta, sino puesto a buen resguardo, junto a otros dos enfermos a los que la malaria mantenía desvanecidos, allí, en las entrañas de aquella bamboleante estructura de madera, de aquella colosal letrina portátil, se había encontrado con el otro escritor: que en ese momento agarraba la carta y, sorprendido al advertir su presencia, abría los ojos como platos y se llevaba la mano a la cintura.

Nikolaos Popoulos, griego de nacimiento y otomano por designación, robusto, barbado y oscuro, tocado con un turbante y vestido con exóticos ropajes en peculiar mixtura, con una larga y curva cimitarra asida al correa y a la faja, un pie dentro de un cubo, empuñando un arcabuz con la mecha encendida y jadeando como un animal desfondado, ocupaba toda la puerta de la cámara, que era también la fuente de luz y la única salida.

El joven Miguel de Cervantes, con el rostro lívido, quién sabe si tal y como había informado a su capitán por efecto de unas fiebres, en clara posición de desventaja, se sintió acorralado y pensó que había llegado el fin de sus días. Había cogido el papel que aterrizó en su regazo con una ceja levantada, en expresión de curiosidad, pero no le había dado tiempo a descifrar una sola línea cuando ambas cejas se le subieron arriba de la frente, al ver al demonio mismo aparecersele en la puerta acompañado por los ruidos del infierno.

—Devolvédmela, esa carta es mía —dijo Popoulos, primero en toscano, después en español, sin dejar de apuntar con el arma cargada al soldado de infantería.

—¿Es-es-esto, decís? —logró preguntar Cervantes, con la otra mano todavía en la cintura, y con un tono que pretendía sonar a desafío.

El recién llegado asintió, señalando con el cañón a modo de quien gesticula con las manos, cada vez más nervioso.

—Sí. De esa carta depende mi vida.

—¿Se trata de un salvoconducto, tal vez? ¿O es un do-do-documento secreto? —preguntó el joven, y añadió—: Sabed que si está en mi mano sabotear los propósitos turcos, es mi deber hacerlo.

En realidad, Cervantes no se sentía capaz de sabotear cosa alguna en aquellos momentos, ni siquiera de despegar sus magras nalgas de la litera, pero se vio obligado a decirlo porque guardaba una clara e intensa percepción de sí mismo como un hombre de honor.

—No se trata de nada parecido. Yo no soy el enemigo.

—¿Por qué habría de creerlos?

—Porque es una carta de amor, mentecato. Y porque soy yo quien os apunta. ¿Qué ocultáis ahí abajo?

El joven autor en ciernes, que debía de rondar los veinticuatro si no había perdido la cuenta, soltó el pliego sobre la frazada. Sentía una gran admiración y respeto por las razones del corazón, más que por ninguna otra cosa. Pero eso el griego no lo sabía, como tampoco sabía que si en ese instante el español hacía un movimiento brusco bajo la manta, desencajando el rostro, era solo para apretarse el vientre, pues desde hacía horas estaba siendo víctima de un cólico de una magnitud considerable. Y como no lo sabía, temiéndose lo peor, Nikolaos Popoulos descargó un arcabuzazo contra el cristiano, que le acertó en el brazo y dejó a ambos espantados.

—Pero ¿qué-qué-qué ha hecho? ¿Es que ha perdido el seso vuestra merced?

—Creí que escondía un arma bajo el embozo.

—¡Qué disparate! Trataba de contener los miedos de mi cuerpo. Popoulos, el otomano, pidió disculpas a aquel otro fabulador, por

una eventualidad del destino en ese trance soldado de infantería, y trató de extraerle el proyectil antes de que cerrara la herida. Pero apenas inició la cura una pedrea de cañón los alcanzó de lleno, atravesando el techo y dejando la enfermería casi al raso. A través de la brecha se podían oír ahora con mayor nitidez y cercanía las explosiones continuas, los gritos de furia de los soldados, los lamentos y las súplicas de quienes pedían misericordia entre estertores. Entonces, como llovida del cielo, junto a los dos escritores cayó una bacía de latón, apenas abollada, a la que seguirían todo tipo de objetos y alguna flecha perdida. El herido vio cómo el griego se inclinaba y recogía la bacía de barbero del suelo, y pensó que iba a utilizarla para lavarle el brazo, o para acopiar la sangre que se derramase mientras buscaba el balín de plomo entre la carne.

—Póngasela en la cabeza —le dijo en cambio Popoulos—. ¿No querrá tenerla descubierta con la que está cayendo?

Y así quedó su triste figura mientras trataban de curarlo, con aquella bacinilla sobre la cabeza a modo de yelmo.

Todo esto ocurrió más o menos al mediodía. Todavía bastante antes de que el comandante en jefe de la armada turca fuese decapitado. Cuando el sol conquistaba su punto más alto en el cielo durante el que sería el más infausto, sangriento y desatinado enfrentamiento de cuantos habían conocido y conocerán los océanos. Y no deja de ser curioso que el joven Miguel de Cervantes llegara hasta esta batalla tratando de salvar su mano derecha de una condena segura, se subiera a una nave que no era una de las mancas, pues disponía de remos, y acabara perdiendo por siempre la movilidad de la mano izquierda, para mayor gloria de la diestra, y siendo el más famoso de los tres mil doscientos doce mancos que se produjeron en la contienda naval de aquella triste jornada. Todo ello más o menos hacia el mediodía del 7 de octubre del año 1571 después del nacimiento de Cristo, según el calendario juliano, o también, dada la dualidad del lance, lo internacional del episodio, o lo poliédrico de toda historia, el día 17 del quinto mes del año 979 después de la Hégira de Mahoma, según la datación lunar del lado musulmán del mundo.

Pero no es de Miguel de Cervantes de quien hemos venido a hablar aquí. De la vida y obra del más famoso manco entre todos los malogrados en la batalla de Lepanto mucho se ha dicho ya. A su servicio se han puesto las más famosas plumas, que han originado decenas de miles de opúsculos, millares de ensayos, tesis y tesinas, manuales, artículos, legajos, reseñas, informes, libelos y panfletos, tantos que si se colocaran uno encima de otro en espiral se podría construir una torre mediante la que sería posible acceder al cielo. Montañas de documentos, algunos de los cuales no andan demasiado descaminados ni contienen mucha menos verdad de la que puede encontrarse en estas mismas páginas. En cambio, de Nikolaos Popoulos apenas nada ha sido mencionado. No más de tres pequeños volúmenes han dedicado alguna vez unas líneas a dar cuenta de su existencia.

Tal y como si la misma maldición que le había impedido publicar procurase también evitar que quedara rastro por escrito de su nombre.

De estos tres libros, el de título más extravagante, *Il Broccolo Romano nello specchio*, fue a parar a los anaqueles de la planta baja de la Biblioteca Marciana, en la plaza de San Marcos en Venecia. Pero, por desgracia, una filtración en los cimientos hizo que pronto se humedeciera la cubierta y se desprendiera junto a las primeras hojas. Es probable que entonces algún funcionario, al comprobar que pasajes enteros del volumen habían quedado borrosos e inservibles, sin posibilidad de averiguar de qué libro se trataba, se aprestara a ordenar su destruc-

ción o lo entregara como papel viejo a un taller linotipista. Y, si bien es cierto que el ejemplar podría conservarse todavía en alguna parte, se encuentra desde entonces desaparecido de todos los registros.

Durante casi un siglo permaneció intacto y a salvo el segundo de ellos, *De los usos y costumbres de los diplomáticos y otros espías*, alojado en la recia biblioteca Gazi Husrev, en la ciudad de Sarajevo. Sin embargo, cuando las calles fueron tomadas por el ejército germánico, como ha ocurrido en tantas pasadas ocasiones y ocurrirá en otras tantas futuras, los soldados se dedicaron a saquear y a quemar los libros indefensos, en medio de una orgía de vino, fuego y biblioclastia, arrebatados por la febril misión de borrar toda huella de la cultura extranjera. Algo del todo innecesario, porque, justo antes de marchar de nuevo, su comandante el príncipe Eugenio de Saboya terminaría dando la orden de incendiar la ciudad al completo.

El tercero de los volúmenes, luego de un largo periplo, acabó siendo archivado entre los libros prohibidos de la biblioteca del madrileño monasterio de El Escorial. Una noche de junio, una bengala lanzada desde el colegio vecino propició un incendio que mantuvo el edificio en llamas durante quince días consecutivos y logró fundir sus treinta campanas. Todo ocurrió muy rápido. La luminaria había dibujado una rara parábola en el aire y, en el último momento, hizo un quiebro inesperado y fue a caer precisamente sobre un trofeo traído de la batalla de Lepanto, un estandarte turco que se encontraba extendido a modo de palio encima de los libros en el claustro principal. La seda seca del paño parecía llevar décadas esperando el bocado del fuego y prendió en un instante. Casi la mitad de los fondos, miles de códices en todas las lenguas, se consumieron en la inmensa pira y el cielo se pobló durante semanas de pájaros grises, que sobrevolaban el palacio, las aldeas y toda la serranía. Después, los pájaros se transformaron en mariposas y en pequeños insectos. Y al fin, en los días postreros, en escamas y simples cenizas.

En el escrutinio de los libros calcinados se hallaba, por supuesto, el último manuscrito que hablaba de Popoulos.

Pocos conocen, por lo tanto, los detalles de la infancia de Nikolaos Popoulos. Ni siquiera aquellos que lo trataron llegaron en su mayoría a saber que fue el séptimo de siete hermanos y que todos sus predecesores habían nacido muertos. Los tres primeros vinieron al mundo perfectamente formados, sin ninguna anomalía visible que pudiera revelar qué les había robado la vida, a excepción de su minúsculo tamaño. Y aun cuando en cada nuevo parto parecían ir ganando dimensiones, el último de ellos no llegaba a superar todavía un palmo de altura. Sus padres, cristianos ortodoxos, tenían la firme convicción de que solo mediante la redención del alma podían curarse los males del cuerpo, por lo que rehusaban a las modernas prácticas de la medicina otomana y no visitaban otro especialista que su guía espiritual, además de rezar a los santos correspondientes a las distintas enfermedades y padecimientos. Como mucho, cada cierto tiempo la madre se acercaba de noche hasta los baños turcos a procurarse algo de higiene. Y en algunas ocasiones, a escondidas, acudía también a ciertos curanderos de su confianza que pudieran reforzar su devoción con algo de sabiduría pagana. Cuando tomó la decisión de no seguir corriendo riesgos engendrando más hijos inertes, pidió consejo a uno de aquellos taumaturgos y a partir de entonces, antes de yacer con su esposo, comenzó a dejar un diente de leche suspendido sobre su ano durante al menos treinta minutos. A pesar de estas precauciones, cada año, siempre allá por la primavera, continuó quedándose puntual e inexplica-

blemente encinta. Los tres siguientes embarazos no deseados lograron abultar su vientre de forma considerable, pero las criaturas nacieron esta vez sin cuero cabelludo, sin cráneo y sin cerebro, con el aspecto de moscas gigantes bajo cuyas cabezas aplastadas se extendían unos cuerpecitos rosados y, ahora sí, normales. En realidad, cada una de ellas fue naciendo de modo gradual con un poco más de sesera, como si sus frentes y su entendimiento tendieran a aparecer. Los seis accidentes, en su conjunto, parecían prefigurar una especie de inercia. Y entonces llegó Popoulos. Como un milagro inesperado. Su peso, estatura y proporciones eran los establecidos por los doctores y patriarcas del antiguo Bizancio, contaba con los oportunos dedos en pies y manos, sus genitales tenían una forma razonable y sus rasgos eran los convencionales, con la única salvedad de que el color de sus ojos estaba del todo definido y su mirada era limpia y concisa como la de un adulto. Aún no había roto en su primer llanto, todavía estaba envuelto por una sanguinolenta película de tegumento, y ya observaba el mundo con atención, como si pudiera comprenderlo, con el iris miel de sus pupilas perfectamente pigmentado. Y cualquiera podría haber pensado que el prodigio había sido su propio nacimiento, el hecho de que hubiera aparecido sano y entero después de tantas tentativas fallidas, pero lo cierto era que el verdadero milagro, el de su maravillosa habilidad, todavía no había comenzado a manifestarse.

Ni una cosa ni la otra evitaron, sin embargo, que su madre lo tratara siempre con desprecio, como si después de haber resuelto no tenerlo se hubiera ahora convertido en un estorbo para ella. Como si no fuese tan bueno como sus hermanos. No hubo un día, desde sus más tiernos años, en que dejase de gritarle por cualquier cosa que hiciera. Le gritaba si había ensuciado el paño de lino y tenía que cambiarle las calzas. Le gritaba si se quejaba por el sabor del pescado con no más de una semana y le gritaba si gemía porque le dolía el vientre y tenía un regusto metálico en la boca. Le gritaba si había desparrramado las legumbres por el suelo, simulando la forma de los ejércitos, y estaba jugando a vete a saber qué, siempre en medio, siempre donde más pudiera molestarla. Le gritaba, sobre todo, si hacía preguntas.

Y el pequeño Popoulos hacía muchas preguntas. Aquellas pautas cambiaron pronto, y en cuanto creció un poco comenzó a gritarle, además de por lo que hacía, también por lo que no hacía. Mañana y tarde, un día tras otro. Por las noches, lejos de descansar, la madre se acercaba hasta el catre de su único hijo y le susurraba al oído mientras dormía:

—Nunca llegarás a nada en la vida.

Pero la habilidad de Popoulos era en verdad tan inconcebible como extraordinaria, la negara quien la negase. Hasta el punto de que nunca antes hasta esa madrugada del mes de enero de 1513, la noche de su nacimiento, una mente humana había funcionado del modo en que lo hacía la suya. Porque por lo habitual las mentes de los hombres necesitan las unas de las otras como un insecto precisa del resto de su colonia. Porque los inventores, sin ir más lejos, no crean desde la nada, no pueden crear desde la nada, sino que se apoyan en los descubrimientos anteriores a la manera de quien asciende por los peldaños de una escalera. Cómo podría de lo contrario explicarse que mientras un orfebre de apellido Gutenberg había estado recientemente afanándose en concebir la imprenta, encerrado entre las paredes de su estudio de Humberchthof en Mainz, sustentándose en una tradición que venía del Lejano Oriente, e incluso de los antiguos romanos, en ese mismo momento otros tantos inventores estuvieran planeando el mismo exacto artilugio en el seno de sus hogares, en el fragor de sus talleres, en la intimidad de sus lechos, desde todos los rincones de Europa: Johannes Mentelin en Estrasburgo, Panfilo Castaldi en Lombardía, Lorenzo de Coster en los Países Bajos. Todos ellos secretamente conectados, como un enjambre de abejas bebiendo del mismo panal de la cultura compartida. Es lo que ha ocurrido siempre de manera necesaria con todos los científicos, con los médicos, con los filósofos, con los artistas, con los escritores. Con todos, salvo con Popoulos. Aquella

sola vez los dioses se habían descuidado. Un mortal había conseguido escapar a sus leyes y tan solo su ingenio era capaz de crear desde la nada. Únicamente su intuición privilegiada parecía poder prescindir del legado de las aportaciones ajenas, adelantarse siglos a sus contemporáneos y trascender los límites de su propia época.

Ya en la escuela primaria dio asombrosas muestras de esta pericia sin precedentes. Mientras su maestro, un hombrecillo tullido y huraño llamado Giorgios Dimulá, explicaba a todos sus pupilos el alfabeto, la formación de las sílabas, de las palabras, de las primeras frases cortas, Popoulos utilizaba su tablilla de escritura para dibujar unas formas extrañas, ensortijadas y casi geométricas, cuyas partes reproducían el todo y capaces de extenderse hasta el infinito hacia dentro y hacia fuera de sí mismas. Unas formas nunca antes vistas. Más tarde, una vez que se despertó la curiosidad del pequeño Nikolaos por las lecciones de gramática, y empezó a prestar atención y a comprender el funcionamiento de la lengua, sus distracciones se trasladaron a las clases de aritmética, las cuales pasaba tratando de servirse del ábaco para componer sus primeras historias. Dado que, como era propio del sistema jónico, cada cuenta de aquel ábaco correspondía a un número y a una letra, rígidamente ordenados en unidades, decenas, centenas y millares, su propósito chocaba con todo tipo de limitaciones; no obstante, aun así se las arregló para dar forma a unos primeros relatos mínimos que podían ser a la vez contados y computados. Algo que en su cabeza, en aquellos momentos, equivalía justo a lo mismo. Pero lo que de verdad significó una revolución en la imaginación desbordada de Popoulos, lo que le abrió las puertas a un mundo hasta entonces solo intuido, fueron las lecturas de las primeras fábulas. Cuando una mañana de otoño más cálida de lo habitual el profesor comenzó a recitar por primera vez, con fines antes que nada moralizantes, las escuetas parábolas del viejo Esopo, sus ojos miel se abrieron como cílicas y a través de sus oídos empezaron a penetrar todo tipo de personajes, animales y monstruos, hombres y dioses, héroes y seres antropomórficos, que junto a todos los mecanismos de la ficción desfilaron por su mente en espiral, amenazando con hacerlo elevarse y flotar dos

palmas por encima de su banca de madera. Más allá de la moraleja que el maestro Dimulá, con obstinación y disciplina, aspiraba a inculcar en sus alumnos, él comprendió enseguida que lo que de verdad le estaba siendo revelado en ese instante era la existencia de un mundo independiente de las cosas materiales, en el que todo estaba permitido.

Por supuesto, no tardaría en versionar aquellas ingenuas y burdas fábulas. La primera vez que fue llamado a la tarima para que recitara la historia de *El lobo y el busto*, Popoulos permaneció de pie, paralizado y en silencio durante unos segundos eternos. La luz que entraba por la ventana le iluminaba la cara como a un querubín tocado por los dioses.

—¿A qué esperas? ¿Es que no la recuerdas? —se impacientó el hombrecillo.

El pequeño pupilo abrió la boca. Parecía que fuese a decir algo, pero volvió a cerrarla antes de decidirse a pronunciar una palabra.

—¡Eres un haragán! La he leído en clase al menos una docena de veces. ¿No puedes repetirla? Es aquella en la que un lobo se encuentra con una hermosa estatua, pero concluye que su belleza es inútil, ¡porque las esculturas no tienen cerebro! ¡Como tú, pedazo de adoquín!

Fue entonces cuando Popoulos se aventuró a corregir a su maestro.

—Sí que tenía cerebro, aunque el lobo no lo supiera —dijo—. ¿Cómo podía saberlo, tratándose de un simple lobo? Son los animales los que no cuentan más que con una inteligencia limitada. Por eso no podía saber que aquel busto no solo tenía cerebro, sino también siete pares de nervios craneales conectados a una médula espinal, y un corazón que impulsaba la sangre a través de un laberinto de venas y arterias, y estómago, riñones, hígado, bazo, vejiga... Todo ello bien oculto bajo la piedra.

Las risas de sus compañeros podían oírse desde la tienda de la esquina. Gritaban, aullaban, se mofaban de él y lo tachaban de redicho y de pedante.

—Pero ¿se puede saber qué majaderías estás diciendo?

—Créame. Es cierto. Hay hombres así repartidos por toda la ciudad. Son honrados ciudadanos griegos, buenos cristianos ortodoxos apresados por el poder otomano, y luego hechizados y fundidos bajo una capa de mármol —continuaba Nikolaos, reproduciendo en parte una idea que había escuchado a su padre en sus invariables discursos tras la cena, el único momento del día en el que mantenían algo lejanamente parecido a una conversación—. Para comprobarlo no tiene más que acercarse todo lo que pueda al próximo busto con el que se encuentre. Hágalo. Y si observa con atención, debajo de su nariz de piedra podrá distinguir los dos pequeños orificios que le permiten respirar.

Una afinada inventiva podía significar en aquellos momentos de su vida, y en realidad en toda la época que le tocó vivir, un recurso precioso. En innumerables ocasiones lo había librado de los asedios constantes a los que lo sometía uno de sus compañeros, Karatasos, el Tizado, que lo doblaba en corpulencia y aprovechaba cualquier oportunidad para tratar de robarle lo que llevara encima. Aunque nadie lo habría dicho por su aspecto, aquel niño de mirada turbia, atrapado en un cuerpo de hombre, era solo el menor y más inocuo de los hijos de la prostituta más vieja del barrio de Plaka. Karatasos tenía otros veintiún hermanos, todos ellos fruto de un padre distinto, algunos de los cuales eran blancuzcos como los esclavos, otros oscuros como él mismo, otros anaranjados, y los había hasta amarillos, pero cada uno de ellos, pese a la diversidad de su prosapia, tan invariablemente enorme como su panzuda madre. La matriz de aquella mujer parecía un horno concebido para escupir maleantes. Si bien ella no elegía hacerlos tan grandes ni era culpable de no tener con qué alimentarlos. Había pasado la mayor parte de sus años de oficio bajo los efectos de la preñez, y hacía tiempo que apenas algún anciano desdentado, o algún pervertido, requería de sus servicios. La mujer, arrugada como una pasa y extensa como un orbe, se limitaba a parirlos y a dejarlos crecer hacinados bajo un gran toldo que habían apuntalado en el patio trasero de la mancebía, de donde nunca se marchaban. Sobrevivir allí era como ser un simple ogro en un país de titanes. Y el Tizado,

para poder saciar las demandas de aquel cuerpo ingobernable, que era lo único que su madre le había dado, cada mañana a primera hora procuraba acorralar a Popoulos contra un muro para desvalijarle el escaso pan que guardase en su bolsa. Por supuesto, podía oler el más leve rastro de salmuera o la más mínima porción de feta a varias calles de distancia; aunque rara vez ninguno de los dos era bendecido con semejante derroche. Después, a la salida de la escuela, cuando ya no podría llamar la atención del profesor, Karatasos lo esperaba de nuevo en algún soportal para quitarle también los instrumentos de escritura, las sandalias y, según apretara la necesidad, incluso la ropa. Sin embargo, tan solo en contadas ocasiones hubo Popoulos de regresar por completo desnudo a casa. Lo más frecuente era que su ingenio consiguiera envolver a su asaltante en la maraña de una historia tan compleja que, cuando terminaba de urdirla, el otro había olvidado qué había ido a buscar y no acertaba a saber dónde estaba ni cuánto tiempo había transcurrido.

Desembarazarse de Karatasos nunca fue demasiado difícil, o al menos no una tarea imposible. Era solo un necio gigantón, que ejercía la violencia porque no conocía otra forma de liberar la energía que le ardía en el vientre y acababa estallándole en los puños. Al pequeño Nikolaos incluso le daba algo de lástima, sobre todo cuando lo envolvía en las redes de sus mentiras aquellas tardes de invierno en las que ya había oscurecido y lo dejaba tan aturdido que no estaba seguro de que supiera encontrar el camino de vuelta a su atestado cobertizo, en la maloliente calle Epimenidou. Él se alejaba en la dirección contraria, meditando sobre esas cuestiones, imaginando cómo el pobre Tiznado habría de enfrentarse a su regreso con sus hermanos por no haber conseguido todo el botín que se esperaba, mientras poco a poco iba acortando la distancia con su propia casa, donde su madre lo aguardaba dispuesta a la inspección, ávida de revisar si le faltaba algo y asestarle la correspondiente tunda de golpes. Se demoraba entonces un poco más entre las callejuelas, aspirando el olor a otros hogares que emanaba de las puertas entreabiertas, pensando que, en el fondo, los bravucones no eran en realidad los más peligrosos. Nikolaos Po-

popoulos no tardaría en comprender que había personas mucho más abominables. Y que la verdadera combinación fatal, la peor de todas las posibles, se daba cuando detrás de alguien como Karatasos se escondía uno de aquellos individuos aún más mezquinos. Cuando uno de estos otros, para quien el mal era un fin en sí mismo, tenía la fortuna de encontrarse con uno de aquellos desorientados sacos de músculos necesitados de quien los gobernase y aprendía a utilizarlo como si fuese un arma viviente. Entonces, la maldad y la fuerza se aliaban. Y bastaba con murmurar unas órdenes al oído para mover los hilos del enorme muñeco de carne. Ese individuo, en el pequeño mundo de Popoulos, era unos años mayor que él y se llamaba Stavros Krimpas, el Torcido.

Krimpas y Karatasos, Karatasos y Krimpas, el Tiznado y el Torcido. Aquellos nombres resonaron en su cabeza durante toda su infancia. Los rumiaría una y otra vez como un conjuro, como si así pudiera evitar encontrárselos al volver las esquinas de aquel nudo de calles estrechas que se intrincaban bajo la omnipresente Acrópolis amurallada. Los rostros de sus dos perseguidores, sus medias sonrisas y la mirada cínica de Krimpas, esperándolo bajo un arco, o tras una hilera de barriles, o entre la multitud de fieles a la salida de una mezquita, quedarían tan grabados en su memoria como el olor a orégano y especias, a incienso arábigo, a aceite de Kalamata, a aceitunas y a excrementos propio de aquellos años de hambrunas y palizas.

Por suerte para él, a finales del primero de aquellos tres cursos de enseñanza elemental, llegó a su escuela un niño nuevo.

Popoulos había desarrollado por entonces algunas de sus primeras personalidades complementarias. Había comenzado a dotarse de todo un repertorio de personajes ficticios cuyas identidades era capaz de adoptar a discreción, y que le permitían, entre otras muchas cosas, pasar desapercibido cuando le fuese necesario. Si por algún motivo le era conveniente no ser oído ni hacer ruido al caminar, podía transformarse en el Hombre Gato; cuando ni siquiera deseaba ser visto, entonces se volvía una suave Brisa del Norte; en los momentos en que se dejaba pisotear por los demás era sencillamente un Guijarro; y solo

algunas veces, que reservaba para situaciones muy especiales, se convertía en Popoulos, el Temerario. Al principio, durante los primeros días, tampoco el Nuevo llamó demasiado la atención. Con probabilidad, eran —o lo fueron por un momento— los dos alumnos más invisibles de toda la escuela.

Sin embargo, no tardarían en reparar en la torpeza de aquel niño delgado, de aspecto enfermizo y acento extraño. El Nuevo hablaba raro, parecía no ver nada ni a tres dedos de distancia y se movía como si careciera de equilibrio y sus oídos estuvieran llenos de sebo. Y pronto comenzaron a propinarle codazos, a tirarle de sus grandes orejas, a ponerle zancadillas y, durante las explicaciones en el aula o durante los cantos litúrgicos, a lanzarle objetos a la cabeza tratando de derribarle el rojo fez.

Aunque Popoulos todavía no lo sospechaba, aquellas peculiaridades que empezaban a despertar tanto interés iban a suponerle un gran beneficio. Lo que no tardaría en hacerse patente. La primera mañana de la sugerente primavera, justo cuando Nikolaos estaba a punto de improvisar una de sus elaboradas excusas por haber llegado tarde, una de esas patrañas increíbles que solían ser motivo de burla y alborozo, el Nuevo se cayó por la ventana. Como se había incorporado tarde al colegio, cuando lo hizo no quedaba ningún espacio libre y el maestro Dimulá dispuso que se sentara en aquel amplio hueco en la pared, donde desde entonces colocaba sus cosas y pasaba las horas muertas con las piernas colgando. Aquel día, sin que mediara causa alguna, su cuerpo decidió irse hacia atrás buscando un nuevo punto de estabilidad, distinto al de todos los que permanecían firmes y erguidos en el plano habitual de la tierra. Al otro lado pastaba un reducido rebaño de ovejas, que era la segunda fuente de ingresos del profesor, con la que completaba su salario y conseguía comer casi todos los días, y por un instante pareció que fuesen a servir para atenuar el golpe. Pero en cuanto sintieron el cuerpo extraño rozar sus lomos, lanzaron un balido y huyeron despavoridas, y la espalda del Nuevo se estrelló a todo lo largo contra el duro suelo.

Las situaciones como aquella se convertirían en una pauta cons-

tante. Más tarde aquella misma mañana, en un descanso entre lecciones, Popoulos se había vuelto a quedar absorto en uno de sus accesos de imaginación, con los ojos entrecerrados y moviendo los labios con una sonrisa ufana. Aquellos característicos arrebatos, que se repetían varias veces al día, podían durar desde unos minutos hasta unas horas. Sus compañeros no tardaron en percatarse de que otra vez estaba embelesado y comenzaron a reunir cascotes de loza, gravilla, huesos de aceitunas, tejas, escombros y alguna boñiga prensada recogida del corralillo. Apenas habían empezado a apuntar a su cabeza, cuando el Nuevo irrumpió desmañadamente en el aula, se dirigió a un sitio que no era el suyo y se sentó sobre otro estudiante, provocando de inmediato la carcajada unánime y el tumulto. Aunque aquella era la enésima vez que lo hacía, lo celebraron más incluso que si hubiera sido la primera.

De repente, era como si nuestro soñador estuviese siempre protegido.

No era de extrañar que semejante novedad acabara captando toda la atención y convirtiéndose en el principal pasatiempo del Tiznado y el Torcido, dejando a Popoulos olvidado en un segundo plano. Los dos abusones cambiaron sus hábitos y comenzaron a acosar al Nuevo a todas horas por las calles de Plaka y de Monastiraki, le exigían un arancel por encontrárselo en cualquier lugar comprendido entre el Ágora y el Templo de Zeus. Si su nueva víctima no tenía con qué pagarlo, o no conseguía refugiarse a tiempo bajo las blancas faldas de algún armatolos, como ocurría dos de cada tres veces, se cobraban el tributo sacudiéndolo, o asignándole tareas humillantes, o usándolo como medio para aprender cuáles eran los verdaderos límites de su propia crueldad. Debían probar en personas lo que desde muy pequeños venían ensayando en animales, en perros, en gatos y en ratas.

Hasta que un día Stavros Krimpas llegó a la escuela con un arma insólita.

Había pasado la mañana exhibiéndola ante sus compañeros, mostrando su empuñadura de cuerno de toro, y abriendo y cerrando las dos hojas de acero de Damasco que crecían en uno y otro extremo.

Ambas cuchillas se curvaban en la punta, como una garra, de manera que al desplegarse terminaban mirándose la una a la otra. Era costumbre de los hermanos Karatasos sisar aquellas pertenencias que los clientes del prostíbulo dejaban olvidadas, o que no habían mantenido bajo la suficiente vigilancia; con su número y tamaño podrían haberlos desplumado a todos sin más, pero le habrían dado al patrón de su madre la excusa para echarlos de una vez por todas de aquel patio a puntapiés. En cuanto el Torcido supo por el Tizado que habían conseguido hacerse con aquel tesoro, lo obligó a jugarse la vida desafiando a los titanes de sus hermanos y volviéndolo a robar para él. Lo que más ambicionaba era dejar clara su superioridad frente a los otros, el estatus que conferiría la simple posesión de un objeto como ese. Pero después de haber alardeado ante cada uno de los alumnos de la escuela primaria, solo quedaba una cosa por hacer.

Fue al terminar las clases. Volvía a ser otoño y era un día oscuro de un mes oscuro. Las pesadas nubes se arremolinaban alrededor del minarete del Partenón, convertido en mezquita, y por un momento Popoulos pensó que iba a ser el elegido. Stavros Krimpas había estado rondando de forma teatral a los de siempre, a los más débiles, y tan solo guiado por el capricho se paró de pronto en seco. Pareció mirarlo directamente a los ojos y se acercó hasta donde se encontraba, seguido de su séquito de esbirros y jaleadores. Sin embargo, en el último instante, el Nuevo apareció de la nada y la mano del Torcido acabó agarrándolo a él en su lugar, asiéndolo por su deshilachado chaleco de colores. Antes de que pudiera darse cuenta, como si estuviese en un sueño, el pequeño Nikolaos fue desplazado por el corro de los curiosos, y pasó de hallarse en el centro de todo a verse a salvo en los márgenes.

—¿Te he pisado? Disculpa si te he pisado —se revolvió el Nuevo—. Si te he pisado no ha sido del todo a propósito.

En el centro de los acontecimientos continuaba destellando aquella arma doble, que parecía diseñada para cortar en dos movimientos limpios, zis-zas, arriba y abajo, o bien, a un lado y a otro. Y justo eso era lo que quería probar su reciente dueño, quien había empezado a

presionar sus dos colmillos contra el frágil cuello del muchacho. El tacto frío del metal lo sobresaltó de repente.

—No te preocupes, no voy a matarte —le dijo riendo—. Solo quiero ver cómo sangra un tonto.

Y a una señal suya, el gigante Karatasos agarró uno de sus brazos y lo sujetó como si estirase una ristra de longaniza. El resto de los presentes se limitó a contener la respiración, lo más que llegó a oírse fue una especie de suspiro hacia adentro. Y entonces, aunque nadie, y menos aún él mismo, lo hubiera previsto, apareció Popoulos, el Temerario.

—Ese cuchillo pertenece al doctor Archelochus —trató de alzar la voz.

—¿Y qué? ¿Crees que eso a mí me importa, *Ppoufos*?

Lo cierto era que el provector doctor Archelochus difícilmente podía causar alguna impresión entre aquellos jóvenes. En sus tiempos, lejanos ya, había llegado a ser cirujano de pudientes, prebostes y cardíes, pero su pérdida de visión y sus manos cada vez más temblorosas lo acabaron degradando a las más llanas funciones, que ejercía entre las clases humildes atenienses a cambio de un plato de sopa o de cualquier otra limosna. Por otro lado, era poco creíble que aquella arma de aspecto feroz fuese en realidad el instrumento de un médico. Todo parecía indicar que las buenas intenciones y la valerosa intervención de Ppoufos, el apestoso pájaro bobo, como era conocido entre sus compañeros, no iban a servir para nada y ni mucho menos evitarían que siguieran adelante con lo que tenían planeado.

Pero no habían tenido en cuenta su capacidad para adornar y plagar sus historias de detalles asombrosos. Sin haberlo siquiera meditado, y sin trastabillar o dudar ni en una sola ocasión, comenzó a contarles que hacía mucho tiempo que todo el mundo desde el Peloponeso hasta Macedonia sabía que el doctor Archelochus no era sino dos personas distintas, una durante el día y otra al caer la noche. Que cada anochecer, decían que por influjo de la luna, se transformaba en alguien diez veces más fornido, membrudo y casi tan cubierto de vello como las bestias, y que todo el bien que había hecho a lo largo de su vida lo devolvía transmutado en muerte y destrucción.

—Ningún hombre de Atenas —continuó improvisando—, ni las patrullas de armatoles al servicio de la Sublime Puerta, ni las propias tropas otomanas, ni siquiera la chusma de marineros, mercenarios y piratas que atraca en el puerto, se atreve a plantarle cara. Nadie es capaz de detenerlo. Por eso sus crímenes continúan asolando la ciudad.

—Y entonces, ¿qué podemos hacer unos simples niños contra algo así? —lo interrumpió precisamente el Nuevo, subyugado por la historia y temblando de miedo ante la posibilidad de aquel otro peligro.

—No podemos hacer nada en absoluto. Pero no has de preocuparte, porque no somos su principal interés. Según dicen, lo que más complace al monstruo Archelochus en sus noches de horror es visitar los burdeles clandestinos y seducir a las prostitutas, para luego abrirlas en canal, destriparlas y, con el amasijo de sus entrañas, pintar por completo de rojo las paredes y los techos. Después, no queda más alternativa que atrancar las puertas y cegar esas habitaciones para siempre. Es imposible hacer desaparecer las manchas, por mucho que se froten con todo tipo de sustancias.

—Eso es una patraña —opinó uno de los curiosos.

—Dicen que es así porque la sangre de las rameras es sangre mancillada —justificó él.

En ese momento Karatasos, el hijo de fulana, sin soltar al Nuevo, le arreó con la otra mano un sopapo a Popoulos que abarcó todo el lado derecho de su cabeza.

—¡Te lo estás inventando! —gritó.

—¡No! ¡Es todo cierto! Preguntadle a cualquiera. Todo menos quizá lo de la sangre mancillada... —se cuidó de rectificar—. Ese rumor no tiene demasiada consistencia. Porque el doctor tampoco tiene reparos en hacer lo mismo con imberbes, vírgenes y hasta recién nacidos si se cruzan en su camino. Y siempre con idénticos resultados. Las manchas nunca desaparecen.

Stavros Krimpas, el Torcido, había escuchado toda la historia de Popoulos torciendo una sonrisa de desprecio, contrayendo aún más aquel pequeño rostro avellanado que germinaba sobre su también torcida espalda.

—¿Y a mí eso qué me importa? —farfulló.

—No creo que le complazca saber que le han robado su herramienta y que andan usándola por ahí sin su permiso.

Tras oír la última frase tampoco alteró su expresión. Procuró no dar muestras de que aquel relato hubiera surtido en él efecto alguno, mientras dejaba lentamente de presionar con el cuchillo sobre el brazo de su víctima. Le dio la espalda y durante casi un minuto mantuvo la mirada a todos los presentes. Solo cuando parecía que se iba a retirar volvió a girarse hacia el Nuevo y, desenrollando aquel tortuoso espinazo como si se alargara, le asestó un tajo en mitad de la ceja izquierda.

Aunque la herida sangró de forma copiosa, tiñéndole la cara, el cuello y el pecho, manchando a cuantos se acercaban y dejando un rastro que la arena de las calles que iban desde la escuela hasta la barbería no consiguió absorber, tan solo fueron necesarias un par de puntadas para cerrarla del todo y dejarla en una cicatriz casi inapreciable. Por lo que podía decirse que la inventiva del pequeño Nikolaos había impedido un mal mucho mayor.

Quizá fueron aquel arrojado inesperado y aquel despliegue de ingenio los que hicieron que comenzara a ganarse el respeto de algunos de sus compañeros. Y tampoco está de más señalar aquí, en atención a todo aquel que pudiera estar tomando notas para una futura biografía, que aquella fue su primera de muchas hazañas como incorregible defensor de causas perdidas.

No obstante, la imaginación no solo traía cosas buenas a la vida de Popoulos.